

EL RINCON DE LA HISTORIA

Un violinista cubano difunde la zamacueca chilena

Nacido en Matanzas (Cuba) en 1836 y muerto, en el pináculo de su fama internacional, en el agitado París de la post-guerra de 1918, el famoso mulato José White paseó por el mundo sus inquietudes haciendo vibrar su romántico violín de virtuoso. Fruto de su inspiración cosmopolita es un Cuarteto, ejecutado en Francia. Cosecha del tesoro de las melodías folklóricas de su patria es *La Bella Cubana*, hábilmente construída, al decir de Alejo Carpentier, sobre ritmos de antiguas *guarachas* y ciertos *merengues* haitianos; tres corcheas en ritmo binario, las dos primeras con puntillo.

Los críticos han olvidado el famoso viaje de José White a Chile en 1877, que arrancó a los periodistas frases tan inflamadas como aquellas que celebraran uno de sus conciertos en Valparaíso:

«Escucha, buen Sivori; aplaude a dos manos ilustres Rebagliati; guarda el violín, magistral Paul Jullien. Ha tocado White, y cuando White toca, cuando White nos da a conocer la perfección del arte, la ciencia del instrumento, ya no se puede oír más que el estruendo de los aplausos que saludan al artista, al poeta, al hombre de ciencia y al hombre de corazón. White se presentaba ante un público en cuyo recuerdo habían dejado una estela luminosa los nombres de muchos reyes del instrumento «que inventó el Diablo para desesperación de los hombres»; llegaba a arrebatar la calma y la corona a muchos artistas queridos del público y aplaudidos en el escenario de nuestros teatros; necesitaba la audacia del genio, y también el genio de la audacia, para escalar el trono ocupado por Sivori, Rebagliati, Jullien, Remy, la Filomeno, Sarasate y el otro White, tan notable por su diestra ejecución en el violín, como por los sueños de su aparato de movimiento perpetuo. Pero White, el cubano, recogió el guante, aceptó el desafío presentado por tantos victoriosos recuerdos; White tiene también el talento de la victoria».

Además de tan alambicados conceptos, José White llevó de Chile dos obras que prolongarían el nombre de este país en el extranjero: son la *Primera* y *Segunda Zamacueca* para violín, litografiadas poco más tarde en los talleres de don Eustaquio Guzmán, que iban a recorrer el mundo en manos del hábil instrumentista.

Pasaron los años y una tarde en que se ensayaban los primeros cilindros «de esa nueva maravilla que llaman fonógrafo», salieron de la ancha trompeta acústica del primitivo aparato, unas notas conocidas de nuestro pueblo:

El fuego de tu mirada
Incendió mi corazón,
Amada prenda adorada
Que me muero por tu amor.

Eran las mismas que había llevado consigo José White en su jira americana de 1877-1878.—E. P. S.